

Dones, dueños y santos

Ensayos sobre
religiones en Oaxaca

Alicia M. Barabas

CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



INAH

MAPorrúa
librero-editor • México

MÉXICO

2017

Esta investigación, arbitrada por pares académicos,
se privilegia con el aval de la institución coeditora.

299.79274
B223
2017

Barabas, Alicia M.

Dones, dueños y santos : ensayos sobre religiones en Oaxaca / por Alicia M. Barabas -- 2ª ed. -- México : Instituto Nacional de Antropología e Historia : Miguel Ángel Porrúa, 2017
325 p. : 17 × 23 cm. -- (Serie, Las Ciencias Sociales. Tercera Década ; Colección, Científica)

ISBN 978-607-539-013-0 INAH
ISBN 978-607-524-163-0 MAP

1. Indios de México -- Oaxaca (México) -- Religión. 2. Oaxaca (México) -- Religión y mitología. 3. Oaxaca (México) -- Vida social y costumbres. 4. Etnología -- Oaxaca (México)

Primera edición, junio del año 2006
Segunda edición, diciembre del año 2017

© 2006-2017
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA
Córdoba 45, Colonia Roma, Delegación
Cuauhtémoc, 06700 Ciudad de México
ISBN 978-607-539-013-0

© 2006-2017
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor
ISBN 978-607-524-163-0

Las características gráficas y tipográficas de esta segunda edición son propiedad de los coeditores

Foto de portada: Nallely Moreno Moncayo

Queda prohibida la reproducción parcial o total, directa o indirecta del contenido de la presente obra, sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de GEMAPORRÚA, en términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor y, en su caso, por los tratados internacionales aplicables.

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

LIBRO IMPRESO SOBRE PAPEL DE FABRICACIÓN ECOLÓGICA CON BULK A 80 GRAMOS
www.maporrúa.com.mx

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000, CDMX

Prólogo

Alfredo López Austin

Un buen texto es multiplicador de diálogos. El mensaje, que aparentemente es uno, se desdobra y se amolda a cada lector para producir una rica lectura particularizada. Así es el libro de Alicia Barabas. Para quien busque en este libro la singularidad cultural de un pueblo oaxaqueño, habrá la precisión descriptiva y la interpretación equilibrada que desplegarán imágenes de formas de vida y pensamiento firmemente arraigadas a una historia comunal y a un entorno absorbido palmo a palmo. Quien tenga como meta descubrir cómo las interrelaciones de los pueblos producen concepciones y actitudes comunes en una macrorregión, encontrará que, tanto en la dimensión histórica de las largas duraciones como en la de los ritmos breves, Oaxaca, el territorio que fue corazón de Mesoamérica, sigue imprimiendo un sello propio, exclusivo, pese a —o por— ser Babel, crisol étnico y red de vínculos arduos e intensos.

Algunos pretenderemos ver en las grandes dimensiones del tiempo y del espacio la expansión y la continuidad de una vasta tradición, el núcleo que da sentido a la macroárea cultural, el sistema conceptual que, pese a sus grandes transformaciones, permite al hombre de hoy llamar antepasado al arcaico nómada que se refugió en bocas de cuevas aún visibles. Nosotros, los que suponemos la milenaria existencia de la vasta tradición, hallaremos en este libro el juego de similitudes y diferencias que forma el tejido milenario.

Para los inclinados a aspectos teóricos, hay un manejo metodológico que admite comprender a los pueblos a partir de las construcciones afectivas e intelectuales que les permiten percibir y actuar en su propia geografía. Es la adquisición del territorio con las armas de una cosmovisión que

anima todo lo existente; el hombre se apropia del mundo físico al otorgarle pensamiento, voluntad, pasiones; al reconocer en la naturaleza a los Dueños de los montes, a los habitantes sobrenaturales de las cuevas y los manantiales; al percibir un trasfondo anímico en todos los seres. Alicia Barabas trata de la verdadera creación del paisaje, que nunca es simple irradiación de luz; y la encuentra como una lucha vital; como el enfrentamiento pleno del hombre comunal a todo y a todos, desde la profundidad de lo cotidiano, desde la cultura.

Hay un punto nodal en esta perspectiva: la vida y la casa del hombre se obtienen como dones; se socializa el mundo, centrado en el donatario, con la ley universal de la reciprocidad. El sentido de la existencia y de la muerte misma es el cumplimiento de la obligación permanente nacida de la recepción permanente. La residencia en el mundo es dura para el creyente, para quien satisface la deuda en forma cotidiana; pero lo hace responsable, adulto, un ser capaz de dialogar con los dioses.

Alicia Barabas titula un capítulo de su libro "La ética del don. Los sistemas indígenas de reciprocidad"; pero el principio de la reciprocidad se encuentra presente en toda la obra como clave para entender los procesos sociales de un medio social imaginariamente extendido a toda la naturaleza. La idea de la apropiación del territorio se convierte en una herramienta teórica que Alicia Barabas ha forjado en el campo, que es donde se puede concebir un método poderoso: la abstracción teórica ha de nacer de su propio ensayo. Al fin abstracción, podrá llevarse a otros terrenos y probar de nuevo. Al menos aquí en Oaxaca el método ha logrado una interpretación original, justa y precisa de la realidad indígena, lo que puede esperarse de su uso en cualquier otro territorio en que impere la tradición mesoamericana.

Habrà, en fin, el lector que guste de la polifonía, de la conjunción de las razones con los goces estéticos, y que con la ayuda de Alicia Barabas pueda descubrir la pasión y el intelecto que los pueblos ensamblan al componer, inconscientemente, sus propias cosmovisiones. Será este lector, tal vez, un oaxaqueño de raigambre comunal o muy afín a las concepciones populares de la vida, capaz no sólo de comprender una interpretación antropológica, sino de gozar profundamente de un trasfondo de sabiduría indígena.

Y para cada una de estas formas de leer el libro —y de otras muchas que escapan a la necesidad de mención— existirán los lectores extremadamente críticos, los convencidos y los dubitativos, los conformes y los inconformes, los críticos, los censores, los defensores de los puntos de vista de Alicia Barabas, porque ésta es una obra científica, y en la ciencia todo queda sujeto al debate y a la duda metódica. Pero todos, sin excepción, enriquecerán sus conocimientos por la experiencia de muchos años de trabajo inteligente, tenaz e ininterrumpido de una buena antropóloga. Gran parte de este trabajo se ha realizado, precisamente, en la vasta diversidad étnica de Oaxaca: en las comunidades de chatinos, chinantecos, chochos, chontales, zoques “chimas”, mixes y otros pueblos; bibliográficamente, en la extensión y profundidad etnográfica del estado y en el respaldo de las obras antropológicas que se refieren al ámbito mexicano y al universal.

El interés de Alicia Barabas al estudiar la realidad indígena de Oaxaca gira en torno a las creencias y prácticas religiosas, no como hechos culturales aislados, sino en su más recia articulación con los diversos campos de acción y pensamiento sociales. Ha tomado en cuenta que en la religión indígena contemporánea se conjugan las formas primordiales de percepción e interpretación del mundo, los móviles del actuar cotidiano, los valores y las vías de vinculación con propios y extraños, en los diferentes niveles de la identidad social. Para bien o para mal, pues las relaciones religiosas conforman importantes campos de cohesión comunal, pero también los de tensiones, disputas y conflictos que hoy adquieren nuevos caracteres con los vertiginosos cambios planetarios, estos cambios que afectan con particular crudeza a los pueblos indígenas.

El enfoque es difícil. Lo sabemos quienes hemos privilegiado como campo de estudio la tradición religiosa mesoamericana. Se agrava la complejidad para aquellos —entre los que no me cuento, pero sí Alicia Barabas— que centran su atención en complejos creenciales nacidos con la Colonia y mantenidos hasta el presente. En efecto, a partir de la Conquista y del inicio de la evangelización, de grado y por fuerza se ha tratado de hacer compatibles dos visiones del cosmos extraordinariamente diversas entre sí. Ni siquiera es posible pensar en un proceso homogéneo en la adecuación recíproca de las corrientes religiosas en forzosa coexistencia. El territorio conquistado por los europeos fue intervenido en diferentes niveles y los pueblos indios reaccionaron de distinta manera ante la evan-

gelización. Agréguese a esto la proliferación actual de las confesiones religiosas en el campo mexicano; sus diferentes niveles, formas e intensidad de agresión al pensamiento indígena, y, sobre todo, las fuertes transformaciones sociales, económicas y culturales que sufren el país, sus regiones y cada uno de los pueblos y comunidades indígenas, si tomamos en cuenta que estas transformaciones afloran necesariamente en los ámbitos de creencias y cultos.

Sin embargo, no todo es heterogeneidad en las religiones indígenas. Creo que, pese a la diversidad de factores que han intervenido hasta el presente en la conformación religiosa indígena, hay un elemento que, al menos hasta hoy en día, ha producido una relativa coincidencia en las creencias y prácticas: la base agrícola de la vieja tradición mesoamericana. El cristianismo, como sucede con todas las religiones llamadas universales, se apartó de las formas culturales profundas y populares que le dieron vida. A fuerza de expandirse, se intelectualizó, alimentado por filosofías exógenas; admitió creencias y prácticas muy ajenas a las de origen, y se universalizó, en el sentido de convertirse en credo adaptable en los muy diversos nichos receptores. A mi juicio, esto no satisfizo las necesidades religiosas de los pueblos indígenas que requerían de una religión que diera sentido pleno a su existencia en todos los ámbitos y momentos del acontecer cotidiano. La vida los ligaba al cultivo de la tierra; todos los pueblos indígenas —independientemente de su nivel de evangelización— necesitaban mantener como núcleo estructurante el de la religión que se había iniciado cuatro milenios atrás con los antiguos agricultores del Preclásico Temprano, en las mismas tierras, con el mismo maíz. Sobre dichos símbolos irían armando las piezas de la otra concepción del mundo, la impuesta, la que con toda sinceridad decían haber abrazado, pero que debían asimilar a partir de las concepciones centrales de la antigua fe. Y esta fe, ya sin posibilidad de mantenerse incólume, iría cambiando también —como cualquier religión— en las nuevas condiciones. Las religiones indígenas no serían una mera mezcla de dos credos diferentes; integrarían concepciones y prácticas coloniales; responderían a su existencia intervenida, y se afianzarían, sobre todo, a la condición campesina del indio, a su arraigo a la producción agrícola.

Lo anterior me hace estimar que el enfoque de Alicia Barabas es un gran acierto, no sólo por mantener la línea de investigación que la ha guiado

durante décadas —enfatisando la religión como vía para profundizar el estudio de la cultura y los pueblos indígenas—, sino por dar un peso privilegiado a lo que ella llama “la construcción de la etnoterritorialidad”. Tal como lo propone, es un tratamiento no sólo original, sino justo para comprender que al ser humano le es indispensable categorizar su entorno en forma coherente (aunque imaginario); construir su espacio (hacerlo humano, social) para poder relacionarse con él a partir de bases morales. En el caso particular de los pueblos indígenas, éstos siguieron llenando de dioses productivos la casa del hombre, les conservaron un rostro agrícola y mantuvieron su respeto absoluto a la ley cósmica de la reciprocidad.

El enfoque de Alicia Barabas es particularmente importante en nuestros días. A partir de la construcción de su territorio, los pueblos indígenas defienden su cultura, su identidad y su economía en un mundo que hoy pretende imponerles la concepción de la tierra como simple mercancía, la que quiere transformarla de ser moral en un bien que ingrese a un mercado en que el indígena, por mentalidad y por carencias materiales, es un ajeno. Hoy, más que nunca, los fundamentos religiosos de la moralización del entorno forman un escudo frente a la expoliación. Muy consciente del alcance de su análisis, Alicia Barabas se refiere jurídicamente a los derechos territoriales indígenas y reflexiona, con bases históricas y políticas, sobre la existencia de un estado pluriétnico. Nada adelanto. El lector alcanzará sus propias conclusiones al compenetrarse de las razones que hoy defiende un numeroso sector de los mexicanos.

Como Alicia Barabas lo explica, la estructura de su libro tiene un carácter especial. Lo constituyen ocho ensayos, de cuyo contenido podrá enterarse el lector en el índice. Cada ensayo puede ser leído en forma independiente, pero a todos los une el eje conductor de manera tan firme que es imposible hablar de una mera colección de trabajos sobre el mismo tema. Tal vez pudiera afirmarse que la lectura independiente es posible, pero imperfecta, pues las propuestas de la autora y el material utilizado en cada apartado se potencian recíprocamente.

No detengo más al lector. La obra está en sus manos.

[Ciudad de México, agosto de 2004]